

El Mundo de las Aventuras

→ Año I. : Núm. 7 ←

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ESPAÑA
Un año (con la novela)... 12'50 ptas.
Un semestre " " " 6'50 " "
Número suelto " " " 0'25 "

PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente.
Cada número (con la novela).. 50 reis.

Barcelona, noviembre de 1892

Con el presente número se entregará el cuaderno 7.º
de «Hijo mío!», novela de la BIBLIOTECA

CUBA Y PUERTO RICO
Un año (con la novela). . 5 pesos oro.
En el resto de América
fijan el precio los Sres. Corresponsales
EXTRANJERO
Un año (con la novela). 18 ptas.



FREDEGUNDA ASESINANDO Á SU HIJA

SUMARIO

Dos historias de un pueblo de pescadores.—Guerra á muerte (*continuación*).—Historia de una madre.—Fredegunda asesinando á su entenada.—Ataque de una barca por los tiburones.—Una ceremonia de los samoyedos.—La viajera negra.—Choque de una piragua con un hipopótamo.—Variedades.—Noticias.

DOS HISTORIAS DE UN PUEBLO DE PESCADORES

Bien sabido es que muchos hechos heroicos é interesantes episodios quedan relegados al olvido, ó no llegan á conocerse, que es lo más común, por haber faltado quien los relate; y no pocos niegan con razón el aserto de algunos poetas, según el cual todo acto notable se perpetúa en el recuerdo de la posteridad. Todo aquel que hojeara los empolvados *Registros Anuales* ó la *Crónica naval* encontraría seguramente abundante asunto para escribir curiosas anécdotas y verídicas historias dignas de ser conocidas, y de estas últimas hemos elegido dos que, á nuestro modo de ver, merecen los honores de la publicación.

En la costa SE. de Cornouailles, á medio camino entre los estuarios de los ríos Looc y Fowey, el acantilado se divide bruscamente, y en el abismo así formado, á cuyos lados elévanse peñascos desnudos, hay una rápida pendiente que conduce al reducido puerto de Polperro. Muy cerca se ven los tejadillos de pequeñas cabañas que parecen como suspendidas de las rocas, y á primera vista diríase que son formaciones naturales y no refugios contruidos por la mano del hombre. Desde la inmediación de estas viviendas, las aguas de un torrente deslizan hacia el mar, á través de una estrecha calzada que va bordeando por las estribaciones de algunas colinas.

Tal es la posición de aquel pequeño pueblo, que apenas cuenta mil habitantes. Desde 1492 ha sido patrimonio de una endurecida raza de pescadores que por su aspecto pacífico no parecían dignos de llamar la atención; pero se hubiera engañado quien lo hubiese creído así. El carácter de aquellos hombres, intrépidos en su mayoría, y la posición del pueblecillo que habitaban eran condiciones para que acometieran empresas aventuradas; y así se explica cómo en varias épocas se dieran á conocer como contrabandistas temerarios y audaces marinos.

Antes de proseguir adelante dirijamos una mirada á ese pequeño puerto y á los hombres que allí cerca habitan. La hondonada en que se halla Polperro desemboca hacia el Canal de la Mancha en la dirección SE., y el puerto se prolonga tierra adentro á cierta distancia. Por el O. elévase el Pico, angosto cuello de roca que termina en unos escarpados pináculos y forma en la entrada una rompiente natural. Por la parte del S., las colinas descienden bruscamente hacia el mar, teniendo por base rocas batidas continuamente por las olas. En la época á que nos referimos había allí, además, dos sólidos muelles naturales, dispuestos en ángulo recto, que preservaban al pueblecillo de los furiosos vientos del SE.

Una localidad de semejantes condiciones era la más propia para los contrabandistas. Una caleta nada fácil de observar conducía á un valle cerrado, de difícil acceso por la parte de tierra, y llena, además, de grutas y escondrijos, mientras que las casas, con sus sótanos profundos y cuartos secretos, eran muy á propósito para almacenar contrabando.

Ya hemos dicho que los habitantes de Polperro eran una raza de intrépidos contrabandistas, y ahora añadiremos que se les debía considerar también como diestros marinos, á quienes no arredraban peligrosas aventuras, tanto más en cuanto no conocían toda la inmoralidad de su conducta y de su precario oficio, al que todos parecían dispuestos á dedicarse. El herrero dejaba su fragua, el labrador su arado, y hasta las mujeres y niños les seguían cuando se trataba de emprender alguna aventurada expedición por asuntos de contrabando.

Y aquella gente parecía no comprender que faltaba á la ley y que se exponía á un severo castigo, tal vez porque muchos de ellos no ignoraban que los mismos encargados de impedir la introducción de contrabando se hacían á veces cómplices de los que infringían las órdenes sobre este punto, habiéndose dado el caso de encontrar á bordo de algunos guardacostas muchos géneros que se introducían fraudulentamente.

Por lo dicho, se comprenderá de qué género es el relato que vamos á reproducir, cuya trágica terminación basta de por sí para demostrar su verdadera moral. Aunque nos limitaremos estrictamente á la narración de los hechos en cuanto la tradición los ha conservado, no pocos de los detalles tienen un color tan poético que, sin duda, parecerán más propios del plan de una novela.

I

Historia de Tomás Potter el contrabandista

El contrabando había llegado á su apogeo en Polperro, y en vista de las diversas expediciones en que una tardía vigilancia fué burlada fácilmente por los que se dedicaban á este tráfico, las autoridades comenzaron á persuadirse de que era preciso poner coto cuanto antes á los abusos cometidos diariamente.

Cierta mañana hallábase el bote del resguardo en el puerto, cuando los tripulantes divisaron una barca que parecía aguantarse en la bahía de Witsand.

—¡Traedme el antejo!—gritó el oficial.

Obedecióse la orden, y nuestro hombre observó detenidamente la barca.

—¡Es la *Lotería*!—exclamó, al fin.—No tengo la menor duda de ello.

Ahora bien: sépase que en Polperro bastaba pronunciar el nombre de dicho barco para que los carabineros se avergonzasen, pues tales eran sus cualidades de velero y tal la osadía de sus tripulantes, que ya rivalizaba con la famosa *Unidad*, barco que había efectuado quinientos alijos con el mejor éxito, venciendo cuantas dificultades se le opusieron. Los contrabandistas de Polperro, como ya hemos dicho, eran marinos muy prácticos, y, gracias á su experiencia, burlaban fácilmente la vigilancia. Añadamos que

ellos mismos construían sus embarcaciones y tenían un astillero reservado.

La *Lotería*, uno de los barcos más veleros que en la localidad se conocían y de más rápido andar, excitaba las iras de los cruceros del Gobierno, de los cuales había burlado muchas veces, escapando cuando precisamente se creía inevitable su apresamiento.

Y ahora la *Lotería* estaba allí, á la vista de todos, con sus velas caídas y como esperando la más ligera brisa. Sabíase que apenas soplara ésta, el barco desaparecería muy pronto, burlándose una vez más de los que intentaran perseguirle.

Pero el oficial vió una buena oportunidad de vengarse de los descalabros sufridos, y, en su consecuencia, no quiso perder un minuto.

—¡Montad los botes!—gritó.

En muy poco tiempo, pues los subalternos estaban tan sedientos de venganza como su jefe, la orden quedó cumplida, y tres botes partieron rápidamente, tanto, que la distancia entre ellos y la *Lotería* acortábase de una manera muy marcada. El oficial siguió observando con su anteojo los movimientos de la tripulación del barco que se trataba de apresarse.

—¡Van á presentarnos el combate!—gritó de repente.

En efecto: al fijar su atención los individuos del resguardo, pudieron reconocer que la *Lotería* se preparaba para oponer resistencia.

Ante esta inesperada actitud, el oficial dió orden de hacer fuego.

Los tiros que se dispararon eran más bien una amenaza que un ataque formal, pues los botes estaban todavía bastante lejos. Trascurrió breve rato sin que la *Lotería* contestase á esta intimación; mas apenas los del resguardo hicieron otra descarga, vióse una nubecilla blanca á bordo del barco contrabandista, y en el mismo instante una bala pasó silbando junto á los botes.

Ya no era posible dudar que la *Lotería* estaba dispuesta á resistir á todo trance, y que no se entregaría sin lucha.

Hasta entonces, los botes no habían sufrido la menor avería, tal vez porque los contrabandistas no deseaban la efusión de sangre, ó bien porque despreciaban con la mayor insolencia á sus contrarios, juzgando que una ligera demostración era suficiente para tenerlos á raya; pero cuando los botes se hallaron más próximos de la codiciada presa, uno de sus tripulantes llamado Ambrosio Bowden levantó de pronto los brazos y cayó en el fondo de la embarcación, observándose, al levantarlo, que estaba mortalmente herido.

En la investigación que al punto se practicó era de la mayor importancia determinar la actitud y posición del infortunado Bowden al caer; y un anciano guardacostas que formaba parte de la tripulación de uno de los botes dijo que su compañero había sido víctima de un tiro disparado en su mismo bote.

Atendido que Bowden tenía la herida en el pecho y que nadie recordaba que se hubiese puesto en pie, cosa necesaria para que dicha parte quedase del todo en descubierto, podía muy bien ser que el proyectil no hubiera partido de los contrabandistas; pero como

quiera que fuese, el secreto de la muerte fué por entonces un misterio.

De todos modos, la confusión producida por el accidente puso término á la lucha. Los contrabandistas de Polperro querían, sin duda, defender su barco á toda costa y no dejarse arrebatar el cargamento que llevaban.

Bien por el temor que produjo la vista de su compañero herido, ó porque se creyera que los contrabandistas llevarían la mejor parte, el oficial juzgó oportuno retirarse, y dió la orden, en consecuencia.

Pocos momentos después, y como soplase una ligera brisa, la *Lotería* desplegó sus velas y alejóse rápidamente.

Dióse cuenta del hecho á las autoridades, y como había habido marcada resistencia y efusión de sangre, resolvióse aplicar el más severo castigo. Al punto se dictó orden para apresarse el barco donde se le encontrase, reduciendo á prisión á todos cuantos le tripulaban. Los de Polperro se rieron al principio, pues muchas veces se habían hecho semejantes amenazas sin que ninguna se llevara á cabo.

No obstante, muy pronto se comenzó á creer que esta vez las autoridades serían inexorables para aplicar la ley, pues pasó una semana y otra sin que la persecución cesase. El temor era continuo de día y noche, y perdíase la esperanza de que la *Lotería* pudiera escapar.

Las casas de Polperro eran vigiladas muy de cerca; los contrabandistas no podían dormir en ellas sin peligro, y debían valerse de las mayores precauciones para visitar á sus familias. Lo mismo de noche que en medio del día presentábanse de improviso los carabineros, que ejercían la más exquisita vigilancia. Era preciso ocultarse en los sitios más recónditos y no salir por la noche sino por parajes muy solitarios.

Cansado, al fin, de tan fatigoso género de vida y de tan continuada persecución, uno de los tripulantes de la *Lotería*, llamado Rogerio Toms, dióse á conocer y declaró que Tomás Potter, uno de sus compañeros, era el que había disparado el tiro que mató á Bowden.

Toms pudo pensar que el servicio que prestaba con esta delación sería recompensado; pero no se imaginó, seguramente, hasta qué punto se le aborrecería en Polperro. Su misma esposa se declaró contra él; sus hijos le maldijeron; y de tal modo exasperó á todos su traición, que solamente el nombre de Toms se consideró como un calificativo denigrante.

En localidades tan pequeñas, una vileza deja recuerdo para un siglo, mientras que en las grandes ciudades se olvida muy pronto.

Para los habitantes de Polperro, la cuestión se reducía ahora á salvar de todos modos á Tomás Potter, alejando también al delator, que era un peligro continuo, porque podía declarar contra Potter.

Durante algún tiempo idearon inútilmente diversos planes; pero al fin se presentó una oportunidad que les pareció propicia.

No se les ocultaba á las autoridades que Toms se hallaría en grave peligro si llegaba á caer en manos de sus antiguos compañeros, y para evitar esta contingencia trasladáronle á bordo de un guardacostas

que cruzaba continuamente, y contra el cual no sería fácil intentar un golpe de mano. Al fin, después de recibirse muchas noticias contradictorias, supose en Polperro que el guardacostas donde estaba Toms había tocado en Polruan, pequeño puerto situado en la orilla oriental del Fowew, distante unas cinco ó seis millas.

Acto continuo trazóse un plan, que debía ponerse en ejecución cuanto antes. Los hombres de Polperro, reuniéndose ante la casa de Rogerio Toms, pidieron á gritos que saliese su mujer; y esta última, al ver aquella multitud, tuvo miedo, por más que aborreciese á su marido. Sin embargo, únicamente temía que se tratara de vengar en ella la traición de Toms, ó acaso en sus hijos.

—¿Qué deseáis?—preguntó temblando.

gó más de lo regular, y ya oscurecía, cuando la mujer se levantó.

—¿Te vas ya?—preguntó el marido vacilando un instante.

—Sí: ya es hora de retirarme.

—Te acompañaré un poco,—repuso el marido, levantándose á su vez.

Esto era precisamente lo que deseaban los hombres de Polperro, y habían juzgado que solamente con el auxilio de la esposa de Toms podrían conseguirlo sin dificultad, como así sucedió.

Los dos subían lentamente por la colina, y la mujer temblaba, temerosa de que se produjera un conflicto. Ya iban á llegar á las alturas, cuando el marido se detuvo de pronto.



TOMÁS POTTER.—Polperro

—Sal y nada temas,—contestáronle;—ninguno de nosotros te hará daño.

La mujer obedeció, y entonces manifestáronle cuál era el plan proyectado; plan en que no consintió al principio, temerosa de que una vez cogido su esposo se ejerciera en él la más terrible venganza. Despreciaba á su marido, pero al fin y al cabo ella era su esposa y no quería ser cómplice en su captura.

Al fin, después de muchas súplicas y amenazas y habiéndose prometido solemnemente que no se haría daño alguno al delator, su esposa consintió en hacer lo que se deseaba, y dos horas después llegó á la colina de Polruan, donde vió á su marido enfrente de una taberna, bebiendo un vaso de cerveza en compañía de varios individuos del resguardo.

Toms manifestó la mayor sorpresa al divisar á su mujer, que se acercaba rápidamente.

—¡Hola!—exclamó levantándose.—¡Tú por aquí! ¿Qué viento te trae por estos sitios?

—Me dijeron que estabas aquí, y he querido verte, aunque temía que me siguieran los pasos desde Polperro, porque hay muchos que te buscan.

Toms condujo á su mujer al patio de la taberna é hizo muchas preguntas para saber lo que de él se decía.

La mujer, disimulando la repugnancia que su marido le inspiraba y sin decir la causa que le obligaba á visitarle, contestó á todo. La conversación se prolon-

—¿Tienes miedo?—preguntóle su marido.—Pero ¡qué diablos te pasa!

Apenas pronunciadas estas palabras, tres ó cuatro hombres, saliendo de la oscuridad, cayeron sobre Toms. Hubo una breve lucha, y apenas aquél cayó en tierra sujetáronle y se lo llevaron.

Tan rápidamente sucedió todo esto, que cuando los tripulantes de los guardacostas notaron la falta de Toms, éste se hallaba ya muy lejos, é inútilmente buscaronle por todas partes.

Sin embargo, el triunfo de los de Polperro fué de corta duración, pues mientras ellos procedían así, una fuerza de carabineros dirigíase á la villa, siempre en busca de Potter.

Numerosos espías vigilaban los movimientos de aquella fuerza; pero ésta se dividió en cierto punto, y una parte de ella consiguió llegar á Polperro, sin ser observada. Una vez allí, cercó la casa donde vivía Potter, y después de haber derribado la puerta, pues los de dentro no querían abrirla, practicóse un escrupuloso registro, se encontró á Potter oculto en la cueva y al fin le prendieron, después de una inútil resistencia.

No obstante, los de Polperro conservaban en su poder al delator, único testigo que podía perder al desgraciado Potter, y mientras le guardaran, lo único que podían hacer las autoridades era tenerle en su prisión indefinidamente.

A los contrabandistas, pues, no les quedaba más salvaguardia que Toms, y por lo tanto debían custodiarlo bien. Para evitar una sorpresa, trasladábanle á menudo de una parte á otra, y al fin se resolvió aprovechar la primera ocasión para conducirlo á Guernesey, desde donde se trataba de enviarle á América.

Es muy posible que las autoridades sospecharan algo de lo que se proyectaba, porque los contrabandistas mantenían las mejores relaciones con los comerciantes de Guernesey, ó tal vez alguno descubriría el

GUERRA A MUERTE

EPISODIO HISTÓRICO

PRIMERA PARTE.—LOS INDEPENDIENTES

(Continuación)

CAPITULO VI

EL INSULTO

D. Juan de Ródenas salió de Puerto Cabello á la cabeza de una columna fuerte de 2,000 hombres, al obje-



TOMÁS POTTER. — ¿Qué deseáis? — preguntó temblando

plan; pero, de todos modos, el caso es que los contrabandistas no pudieron realizar su intento.

Cuando ya tenían á Toms embarcado, las autoridades se presentaron para practicar un registro en el buque, y lleváronse á Toms.

El resto de la historia es fácil de adivinar.

El desgraciado Potter, conducido á Londres, fué juzgado inmediatamente, y por el testimonio de Rogério Toms se le condenó á muerte, siendo ahorcado al día siguiente.

Los contrabandistas de Polperro fueron muy perseguidos después; mas al fin se estableció un servicio regular de guardacostas, y así pudo evitarse que se practicara el contrabando, por lo menos en tan gran escala como antes.

El último contrabandista de Polperro murió batiéndose contra los carabineros.

(Se concluirá)

to de vigilar el territorio colocado bajo su mando. Recorrió á cortas jornadas el litoral venezolano y cuidó de mantener siempre expeditas sus comunicaciones con la guarnición dejada en el fuerte de San Felipe y con los destacamentos escalonados en las vecinas sierras.

Ignacio Valdés asumió entonces las facultades anexas al general y ejerció la más terrible tiranía. Iba cada día al campamento y allí, rodeado de una soldadesca agriada por los furores de la lucha, fanatizada por el odio, embrutecida por los excesos de una licencia casi sin límites, juzgaba, condenaba, ordenaba la ejecución de algunos pobres diablos á quienes su mala suerte ponía entre sus manos. Asistía á todos los fusilamientos. Las postraciones, los últimos trances de los condenados, sus lamentaciones y cuitas le hacían reír malvadamente, como si le hubiesen dado más elevada opinión de su poderío. Gozaba con la agonía de sus víctimas con una especie de voluptuosidad felina y no se cansaba de matar.

Ayudábanle en esta lúgubre faena algunos sinies-

tres bribones, especie de guardias de corps de que se rodeaba prudentemente, gente patibularia, pronta á cometer todos los crímenes y todas las infamias á una señal de su amo.

Entre aquellos bellacos distinguíase Sánchez, el glorioso Sánchez, que acumulaba las funciones de secretario particular de Valdés con las de escribano de la Junta de Secuestros y capitán de milicias; pero eso último solamente en el papel, pues no había de hecho tales milicias.

Era Sánchez el tipo cumplido de la jactancia y la fanfarronería; tanto, que todo el mundo, lo mismo peninsulares que criollos, le llamaba *el Cid*, en recuerdo de las legendarias hazañas del Campeador, las cuales, ciertamente, palidecían antes sus aventuras, á cual más extraordinaria y sorprendente.

Como sucede generalmente en tiempos de alteraciones, circulaban las noticias más contradictorias é inverosímiles, suscitando emociones que difícilmente se calmaban. Diferentes veces corrió la voz de que el general Ródenas había exterminado fuertes partidas de rebeldes, y otras tantas se aseguró que había sido derrotado y huía vergonzosamente á ocultarse en algún oscuro desfiladero de la cordillera.

Otras veces se decía que los insurrectos avanzaban á marchas forzadas sobre Puerto Cabello ó se preparaban á desembarcar en sus alrededores.

Sea como fuere, estos rumores excitaban la desconfianza, y Valdés se aprovechó de ello para redoblar su severidad. Por orden suya salieron patrullas que registraron la campiña, las lagunas, los bosques, los torrentes de las cercanías y dispararon implacablemente contra todo aquel que no respondía bastante pronto al *¡Quien vive!* de los centinelas. Así murieron ó quedaron gravemente heridos cinco ó seis desgraciados. Era preciso evitar á toda costa (y era recomendación expresa de Morillo) que Puerto Cabello cayese en poder de los insurrectos.

La plaza estaba bien guardada y Valdés justificaba la confianza de D. Juan desplegando una actividad, una vigilancia que maravillaban á los oficiales españoles encargados de secundarla. Despertóse á veces su desconfianza al ver hogueras encendidas en diversos puntos de la Hilaria, y principalmente en el desfiladero de Portachuelo, así que la noche cubría la montaña con sus sombras; pero como era costumbre de los indios entretejer grandes ahumadas para alejar de sus campamentos á las fieras, no pareció insólito el hecho. Algunos soldados enviados á Portachuelo no encontraron allí sino á Diego Ramírez y al *Sandio* que dormían sobre una capa de cenizas calientes. Las costumbres nómadas del vaquero y del idiota eran harto conocidas para que se sorprendiese nadie de encontrarlos por allí. Al mismo Valdés no se le ocurrió sospechar de tales personajes: tan nulos é inofensivos le parecían.

Un día, ya fuese que las instrucciones del presidente de la Junta de Secuestros hubiesen sido cumplidas con exceso, sea que no se hubiesen precisado bien, una patrulla mandada por un sargento invadió el modesto rancho de Joaquina Montalvo y se instaló en él con insolente desfachatez. Sola y enferma, Joaquina

protestó y preguntó por qué se iba á turbar su retiro.

Sus protestas fueron acogidas con bromas groseras. El sargento dijo que el rancho se encontraba en un excelente punto de observación y que lo ocupaba en nombre del rey.

Llegó Tito y quiso rechazar con la fuerza á los soldados que violaban tan descaradamente el domicilio de su ama; pero ésta le contuvo diciendo que iba á buscar y encontrar un nuevo asilo.

Vestida de luto y acompañada del fiel Tito, Joaquina se dirigió al campamento. Con su semblante pálido por el sufrimiento, con sus ojos brillantes y llenos de altivez, tenía aún gran talante é imponía á los soldados, que la dejaban pasar sorprendidos, sin echarle los requiebros de que tan pródigos eran con las demás criollas. Habiendo notado un grupo de colonos, entre los cuales se veía á Jerónimo Bustamante, Diego Ramírez y Pérez de Jáuregui, el novio de Mariana Bustamante, se dirigió hacia ellos. Quitáronse todos el sombrero ante la viuda y todas las cabezas se inclinaron con respeto y veneración.

—¿Está aquí mi hijo, Luis Montalvo?—preguntó.

—No, señora,—respondió el alcalde;—pero si V. quiere lo mandaré buscar.

—Los soldados me han echado de mi casa,—continuó Joaquina.—¿Hay alguien que me ofrezca un albergue?

Un estremecimiento de cólera agitó todas las manos, un relámpago de odio pasó por todas las miradas; pero nadie se movió, nadie pronunció palabra.

El temor que inspiraba Valdés era tan profundo que nadie se atrevía á compadecer y auxiliar á la pobre viuda. Y, sin embargo, entre los presentes había gente de valor y resolución, antiguos guerrilleros que se habían batido bravamente contra las tropas españolas.

Joaquina Montalvo pertenecía inmóvil, esperando una respuesta.

—Señores,—dijo Roqueron, que había asistido á aquella penosa escena,—esa mujer acaba de ser arrojada de su casa y les pide á Vds. hospitalidad.

—¡Oh! ¡Gracias, caballero!—exclamó Bustamante,—¡Gracias por recordarnos que nuestra actitud es ruin! Nos impide V. que cometamos una cobardía.

El alcalde se volvió hacia la Montalvo y repuso:

—D.^a Joaquina, mi casa será la suya; mi hacienda será su hacienda; mis criados serán los suyos; mi familia será su familia. ¿Me dispensará V. el honor de aceptarme por huésped?

—D. Jerónimo,—respondió la viuda;—¿no era V. el amigo del que *ya no es*? Iré á su casa de V.

—Joaquina, será V. muy bien recibida.

Exclamaciones de aprobación se escaparon alegremente de todos los labios. Los colonos felicitaron á Bustamante y á la viuda.

Pero el rumor confuso producido por las voces de los hispano-americanos, el círculo que formaban alrededor del alcalde y de Joaquina Montalvo habían llamado la atención del campamento. Habíanse mezclado algunos soldados en el grupo principal y miraban curiosamente sin comprender bien lo que pasaba. Ignacio Valdés, á quien no se le escapaba nada, se

acercó, acompañado de Sánchez y de algunos oficiales para conocer la causa del grupo formado tan rápidamente. Soldados y colonos le abrieron paso. Joaquina apareció ante Valdés altanera y orgullosa. Le miró de pies á cabeza con desprecio y asco. Sorprendido, se detuvo y dijo á su cortejo:

—Vamos: no es nada.

Joaquina Montalvo se adelantó con el brazo derecho extendido, la mano amenazadora, y cuando estuvo bastante cerca le escupió al rostro este insulto:

—¡Asesino! ¡Cobarde!

Palideció Ignacio Valdés, y sus labios tomaron un tinte verdusco. Un indefinible sentimiento de rabia contra sus facciones y les dió una expresión de baja ferocidad. Sánchez y algunos soldados se lanzaron sobre Joaquina y la empujaron rudamente delante de ellos, dirigiéndole violentas y groseras injurias.

—¿Qué hay que hacer de esa vieja loca?—preguntó Sánchez.

—Que la juzguen,—respondió Valdés.

—¡Joaquina, Joaquina! ¿Por qué no se ha callado V.?—exclamó Bustamante con acento doloroso.

—Si ese hombre pronuncia una palabra más,—dijo Valdés,—apoderarse de él.

Los colonos quisieron retirarse, pero no se les dejó.

—Es preciso que todos los que han sido testigos del insulto asistan al castigo de la culpable,—dijo sentenciosamente Sánchez.

En seguida, volviéndose hacia Valdés, añadió:

—¿Qué ordena Su Señoría? ¿Debemos enviar á esa mujer al Consejo de Purificación ó bien ante el Consejo de Guerra permanente?

—Fuera charla,—replicó Valdés con impaciencia, —y que acaben con ella cuanto antes.

—¡Anda, anda, miserable!—exclamó Joaquina.— ¡Mátame como mataste á mi marido! ¡Desde el fondo del sepulcro estaremos allí los dos para maldecirte y hacer caer sobre tu cabeza el castigo de tus crímenes!

—¡Basta, basta!—interrumpió Sánchez.— ¡Cállate ya, miserable rabona, ó si no te hago cortar la lengua y se la echo al primer perro que pase!

El secretario designó á dos sargentos al azar para llenar las funciones de jueces, y dijo á Valdés:

—Ya está formado el Consejo de Guerra. ¿Quiere presidirlo Su Señoría?

—No: presídalo V. mismo.

—Perfectamente. Pronto quedará vista y fallada la causa de esa miserable: yo se lo prometo á Su Señoría.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró Bustamante al oído de su futuro yerno.—¿Quién nos librará de esos verdugos?

—Nosotros mismos,—respondió en voz baja Pérez de Jáuregui,—si tomamos la firme resolución de echarlos.

—A propósito,—continuó el digno Sánchez,—es costumbre conceder un defensor á los acusados. ¿Quién quiere encargarse de defender á Joaquina? ¡Caray! Se chillaría que asesinamos á la gente si no observáramos todas las formalidades ordenadas por las reales pragmáticas y los bandos de los virreyes. ¿No sale nadie? Nuestras prerrogativas y plenos poderes nos

confieren derecho á nombrar un defensor de oficio, á falta de defensor voluntario. No es preciso que sea graduado de Salamanca.

Estas tristes bromas impresionaron dolorosamente á los colonos y divertían mucho á los soldados, que rompían en ruidosas carcajadas. Ya sabían ellos lo que valían los defensores de oficio de que hablaba Sánchez.

Para darles un barniz á sus inicuos fallos, los Consejos de Guerra verbales designaban siempre á alguien para asistir á los acusados. Pero aquellos singulares abogados, escogidos entre los más ardientes realistas, sea cual fuere su posición y su ilustración, ignorantes absolutamente, á menudo, de lo que se trataba, llenaban de invectivas á sus clientes y les atacaban sin piedad en vez de defenderles. Con semejante sistema era inevitable la condena.

—¡Por la Purísima Virgen, caballeros!—repuso Sánchez, dirigiéndose á los colonos.—¿Se les han trabado á sus mercedes las lenguas y no habrá nadie que quiera decir dos palabras en obsequio á la Joaquina?

—¡Yo!—dijo Guillermo Roqueron, presentándose.— Yo hablaré en favor de esa pobre mujer á quien se insulta indignamente porque es débil y carece de apoyo.

La inesperada intervención del botánico suscitó un movimiento de sorpresa que se manifestó por sordas exclamaciones. Escapóse un suspiro de alivio del pecho de los colonos. Ignacio Valdés se volvió como si le hubiese picado en el talón una serpiente de cascabel y lanzó una mirada de reojo sobre Roqueron y sobre Joaquina, que, cabizbaja y pensativa, parecía hallarse ajena á lo que ocurría. Llamó á Sánchez y le dijo algunas palabras en voz baja. Sánchez hizo una señal de asentimiento y se dirigió á Guillermo Roqueron.

—Señor,—dijo con obsequiosa sonrisa;—admiramos la magnanimidad de vuestra alma porque siempre es caballeresco proteger á la viuda y al huérfano, aunque fuesen los seres más culpables de la capitania general; pero con mucho sentimiento nos es imposible concederos el favor que solicitáis. Sois extranjero y no nos es permitido tomar en consideración vuestra demanda. Solamente un español puede defender ante nuestros tribunales y nuestros Consejos de Guerra á los vasallos de S. M. el rey.

—¡Ah! Vamos: ya entiendo. Comprendo muy bien que un defensor de carácter algo independiente debe molestarles á Vds. Pero, cuando menos, no se negarán Vds. á oírme como testigo.

—Tampoco.

Ganas le dieron á Roqueron de castigar al tunante; pero reflexionó que su cólera y su indignación, por legítimas que fuesen, no le serían de ningún provecho á Joaquina. Contúvose, pues.

Sánchez no perdió el tiempo. Llamó á un cabo y le confió la defensa de su acusada. En seguida, colocándose entre los dos jueces ya designados, tomó una actitud que pretendió hacer solemne y se pavoneó dándose importancia.

—Joaquina Montalvo,—dijo;—estáis acusada de alta traición y del crimen de lesa majestad. Habéis insultado al representante de S. M. el rey en los países de Ultramar y...

—¡Bandidos! ¡Haced de mí lo que queráis!—interrumpió Joaquina, irguiéndose altivamente.—¡No responderé ni una sola palabra á vuestras viles acusaciones!

Los soldados que rodeaban el Consejo de Guerra lanzaron violentos clamores, y gritaron:

—¡Que la maten! ¡Que la maten á esa rebelde!

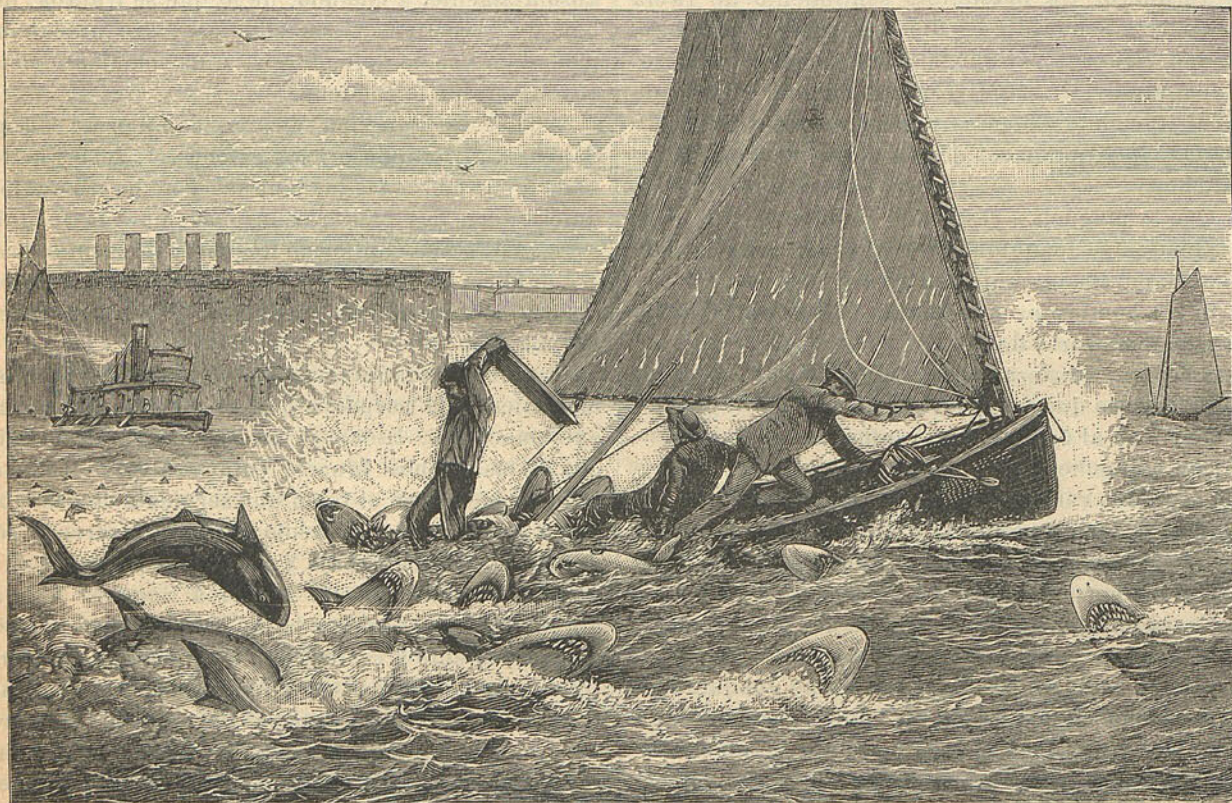
—Joaquina Montalvo,—repuso Sánchez;—agraváis vuestra situación faltando al respeto á los jueces reales. Ningún arrepentimiento, ninguna excusa podría atenuar vuestro crimen odioso y sin excusa. Cabo Fer-

—¿Qué pena le echamos, pues, á la culpable?—preguntó Sánchez á los jueces.

—¡Que la ahorquen!—respondieron estos últimos.

—Ya habéis oído, Joaquina Montalvo,—repuso Sánchez;—el Consejo de Guerra os condena á muerte y ordena en nombre de S. M. el rey que la ejecución...

La sentencia fué súbitamente interrumpida por la llegada de Inés, de Mariana Bustamante y de D.^a Teresa Ródenas. Habiendo visto Tito á las tres mujeres, que paseaban por delante del campamento, había corrido á su encuentro para enterarles del peligro que



Ataque de una barca por los tiburones, en la bahía de Nueva York

nández: en virtud de los poderes y derechos que me están conferidos le nombro á V. defensor de Joaquina Montalvo, aquí presente. Cabo Fernández, hable V.

—Pues, por Santiago, que es el santo más grande del Paraíso,—dijo el cabo, dándose tono;—lo que yo digo es que si se le pudiese matar dos veces á una persona, bien mereciera dos muertes esa mala pécora, porque no sé yo que haya una harpía tan brava como ella ni mula tan repropia. Así es que yo pienso que Sus Señorías la enviarán pronto á que carguen con ella los demonios. Pero como no hay que malgastar la pólvora en matar alimañas como ésa, propongo yo que despachemos á esa bruja colgándola de una liana que aguante bien. Mi defendida tiene bastante con la horca.

La irrisión de esta extraña y cinica defensa fué acentuada con las bromas y aplausos de los soldados, mientras que los colonos bajaban la cabeza y se enjugaban furtivamente las lágrimas que brotaban de sus ojos.

corría su ama, sabiendo que Inés se apresuraría á socorrerla y libertarla.

Al ver á la hija y á la hermana de D. Juan de Ródenas, Ignacio Valdés reprimió un violento movimiento de despecho y fingió montar en cólera.

—Vamos,—exclamó;—basta de bromas y devolved la libertad á D.^a Joaquina... No consentiré que os sirva de risa y de juguete esa señora... El primero que le falte al respeto será castigado rigurosamente.

Sánchez, los dos sargentos y el cabo encargado de la defensa escuchaban asombrados, como si no comprendieran lo que acababan de oír, y no se meneaban.

Inés se adelantó hacia ellos.

—¿No habéis oído?—exclamó con voz vibrante.—¿No habéis oído? Soy la hija de vuestro general y os mando que soltéis á esa mujer. ¡Obedeced!

—¡Obedeced!—repitió Valdés.

Sánchez, los jueces, el defensor, los guardias, los soldados, en fin, todos los que representaban algún papel en aquella siniestra comedia se apartaron de

Joaquina, intimidados por el atrevimiento de la joven y el inexplicable cambio de Valdés.

Inés de Ródenas se acercó á la Montalvo, cogió una de sus manos, que llevó á los labios, y le dijo:

—Madre, está V. libre: vaya V. con Dios.

—Inés,—respondió Joaquina,—acuérdate de que la que te dió á luz era hija de nuestra desventurada tierra.

pretendiendo sincerarse de toda culpa, pero las señoras se marcharon dejándole poco menos que con la palabra en la boca. Trató luego de disculparse con Roqueron, pero éste le atajó en sus explicaciones diciéndole:

—Claro: no hay más remedio que ser honrado cuando no hay otra salida.

Y acentuó su sarcasmo con un saludo socarrón, después de lo cual se retiró.



EXPEDICIÓN SUECA AL POLO NOROCCIDENTAL.—La ceremonia del sacrificio

Y tranquila y serena, como si el peligro que acababa de correr no hubiese dejado el menor vestigio, el menor recuerdo en su memoria, Joaquina Montalvo no lanzó ni siquiera una mirada de desprecio á los bribones que la habían condenado á muerte.

—Bustamante,—dijo,—su casa de V. me servirá de albergue desde ahora.

Retiráronse los colonos y bajaron á Puerto Cabello, siguiendo á Joaquina, que daba el brazo á Bustamante. Inés, Mariana y D.^a Teresa escucharon durante algunos instantes las frases embarazadas de Valdés,

Conviene decir ahora que cuando Lamberto de Champsac tuvo noticia de las irrespetuosas palabras de su secretario, no se atrevió á reñirle, contentándose con dirigirle algunas paternales amonestaciones.

(Se continuará)

HISTORIA DE UNA MADRE

(CUENTO DE ANDERSEN)

Una madre estaba sentada á la cabecera de su niño enfermo. Sin esperanza en su curación, temblaba de

que se le muriese. El niño estaba pálido, con los ojitos cerrados, y respiraba con tanto trabajo que sus suspiros parecían gemidos.

La madre lo contemplaba llena de pena y angustia.

De repente, llaman á la puerta, y un viejo entra envuelto en una gran capa para resguardarse del frío, que era rigurosísimo aquel invierno.

Todo, en el campo, estaba cubierto de nieve, y el aire era tan helado que cortaba la cara. El viejo estaba temblando de frío.

El niño, durante un instante, se quedó como dormido, y la madre se levantó para echar leña al fuego y calentar un poco de cerveza y dársela al viejo.

Este se había sentado á la cabecera de la cuna del niño y le mecía; la madre volvió y tomó una de las manitas del niño entre las suyas.

—¿Crees tú que no se morirá? ¿Que Dios me lo conservará? ¿Que no me quedará sin él?

El viejo (que era la Muerte en persona, si es que puede ser persona la muerte) hizo un signo con la cabeza, que lo mismo quería decir *sí* que *no*. La madre bajaba los ojos y las lágrimas corrían por sus mejillas.

No podía con la cabeza. Hacía tres días y tres noches que no dormía, y por un instante el sueño la venció.

Pero de pronto se despertó, helada de frío.

—¿Qué es esto?—gritó mirando por todos lados.

El viejo había desaparecido y el niño también: la Muerte se lo había llevado.

No se oía en el cuarto más que el tic-tac de un reloj viejo. De repente, la péndola de plomo cayó al suelo y el reloj se paró.

La pobre madre se precipitó fuera del cuarto llamando á su hijo. En la puerta encontró á una mujer sentada sobre la nieve, cubierta con un manto negro, que le dijo:

—La Muerte estaba en tu cuarto, la he visto huir con un niño. Va más de prisa que el viento y no devuelve nunca lo que se lleva.

—Indícame el camino que ha tomado,—dijo la madre,—y yo la encontraré.

—Lo sé,—dijo la mujer del manto negro;—pero antes de decírtelo necesito que me cantes todas las canciones con que dormías á tu niño. Me gustan mucho esas canciones: te las he oído. Yo soy la Noche y he visto como llorabas algunas veces cuando cantabas.

—Te las cantaré todas,—dijo la madre;—pero no me detengas, para que yo pueda alcanzar á mi hijo.

La Noche se calló.

Entonces la madre, retorciéndose los brazos de pena, cantó llorando. Había muchas canciones; pero muchas más lágrimas.

En fin, la Noche dijo:

—Toma á la derecha, entra en la oscura selva de pinos: ése es el camino que la Muerte ha tomado con tu hijo.

Pero en medio del bosque, los caminos eran tantos y tan inmensos, que la pobre madre no sabía cuál debía seguir. Había un matorral de espinos sin flores ni hojas, cubierto de pedazos endurecidos de nieve. Era el Invierno.

—¿Has visto á la Muerte que lleva á mi hijo?

—Sí,—contestó el Invierno;—pero no te lo diré si no me calientas sobre tu seno. Estoy helado aquí. Parece que estoy convertido en piedra, de puro frío que tengo.

Ella abrazó el espino contra su pecho fuertemente para que se deshela, y las espinas, clavándose en sus carnes, hicieron correr la sangre en gruesas gotas.

Entonces el espino se cubrió de flores en medio del invierno. ¡Tan ardiente es el corazón de una madre desolada!

El espino entonces la dejó pasar indicándole el camino que debía seguir.

De pronto se encontró con un gran lago que le impedía el paso. No había ni barca ni puente, no estaba ni bastante líquido para poder nadar ni bastante helado para pasarlo á pie, y, sin embargo, era necesario ir adelante para encontrar al niño.

Entonces se bajó y se puso á beber, creyendo que podría tragarse toda el agua. Esto era imposible á una criatura humana; pero ella pensaba que tal vez se haría un milagro.

—No lo conseguirás,—dijo el lago;—pero si quieres, puedes oír mis condiciones. Me gustan tus ojos como si fuesen dos perlas negras: nunca he visto unos ojos como los tuyos. Si tú me los das llorando, yo te llevaré á la Estufa, en que la Muerte guarda las flores y las plantas. Cada una de éstas es una vida humana.

—¿Qué no daré yo por llegar hasta donde está mi niño!—dijo la madre llorando. Y lloraba, lloraba, hasta que los ojos se le salieron de las órbitas, cayendo al fondo del lago, donde se convirtieron en dos perlas preciosas.

Entonces el lago la levantó en el aire y la transportó á la otra orilla donde estaba el jardín de la Muerte.

La desdichada madre no podía verlo: no tenía ojos.

—¿En dónde encontraré á la Muerte que me ha robado á mi niño?—decía gimiendo de dolor.

—Todavía no ha llegado aquí,—dijo una vieja, con todo el pelo blanco, que era la que guardaba el jardín. —Pero ¿cómo has podido llegar hasta aquí? ¿Quién te ha ayudado?

—Dios me ha ayudado. Es todo misericordioso y tú lo serás también. ¿Dónde encontraré mi niño?

—Yo no lo conozco y tú no puedes verlo,—dijo la vieja;—muchas flores y plantas se han muerto esta noche; pronto vendrá la Muerte á buscarlas. Estas plantas se parecen á las otras; pero tienen corazón que da latidos. Busca á tientas: tal vez encontrarás en alguna de ellas la que representa tu hijo. Pero ¿qué me das si te digo lo que tienes que hacer cuando lo encuentres?

—Ya no tengo nada que dar; pero si tú quieres iré por ti al fin del mundo.

—Nada se me ha perdido allí; pero si me quieres dar tus magníficos cabellos negros, que me gustan mucho, te daré en cambio los míos, blancos, y al menos tendrás algo.

—Si no es más que eso, te los doy con alegría.

Y le dió su espléndida cabellera en cambio de la blanca de la vieja.

Entró en el jardín de la Muerte, en que se aglomeraban las plantas maravillosamente. Había débiles jacin-
cintos cubiertos con fanales de cristal; vigorosas ané-

monas; plantas acuáticas, unas florecientes, otras enfermizas por tener serpientes enredadas en sus tallos, otras llenas de escarabajos negros que daban continuas mordeduras á sus raíces; elegantes palmeras, plátanos, encinas. El perejil creciendo al lado del tomillo en flor.

Cada arbusto, cada árbol tenía su nombre y representaba una persona en vida en la tierra. Los había de China, de Groenlandia; en fin, del mundo entero.

Había grandes plantas en tiestos tan pequeños, que parecía imposible que pudieran sostenerse; flores pequeñas en vasitos de porcelana y cubiertas con el mayor cuidado de musgo.

La pobre madre se inclinaba sobre todas las plantitas humildes para escuchar aquellos millares de razones humanas.

De pronto dijo: —¡*Aquí está!*, y extendió su mano para coger una triste plantita de lactus, cuya flor se inclinaba marchita y caída hacia el suelo.

—¡No toques á la flor!—dijo la vieja.—Acércate á ella solamente, y cuando la Muerte venga no se la dejes arrancar: dile que si la toca, tú, para vengarte, vas á arrancar todas las plantas que puedas. Entonces se asustará, porque ella tiene que responder ante Dios de todas. Ninguna puede ser cortada hasta que *Él* dé su permiso.

Súbitamente, todas las plantas y hasta el aire mismo se agitaron con horror, y la pobre ciega comprendió que la Muerte se acercaba.

—¿Cómo has podido llegar antes que yo?—le dijo.
—¿Quién te ha enseñado el camino?

—Soy madre,—dijo ella.

La Muerte extendió su mano para coger la delicada y enfermiza plantita; pero la madre la tenía rodeada con las suyas fuertemente, cuidando de no tocar á ningún pétalo y no lastimarlos.

Entonces la Muerte le sopló en las manos, que se pusieron heladas, y cayeron inertes.

—Luchas en vano contra mí,—dijo la Muerte.

—Sí; pero Dios es más poderoso que tú,—respondió la madre.

—Yo no hago más que lo que *Él* ordena,—replicó la Muerte.—Yo soy su jardinero y tomo las plantas y los árboles que *Él* me indica para trasportarlos al gran jardín del Paraíso que existe en un mundo desconocido. Lo que no sé es cómo viven allí ni cómo prosperan. Averiguar esto me está prohibido.

—¡Devuélveme mi niño!—decía la madre sin oír nada, llorando y suplicando.

De pronto recordó lo que la vieja le había dicho, y cogiendo dos flores dijo:

—Voy á arrancarlas todas, porque estoy desesperada.

—No las toques. Dices que eres desgraciada y quieres hacer la desdicha de otras madres.

—¡Otras madres!—dijo la desventurada soltando las flores.

—Toma tus ojos,—dijo la Muerte.—Los he recogido en el lago al pasar. Brillaban con un fuego tan vivo que me llamaron la atención. No sabía que fuesen los tuyos. Tómalos, son más claros aún que antes, tienen la doble vista: mira en este pozo. *Él* te dirá el nombre de

las dos flores que querías arrancar. Verás su vida, su futuro y te enterarás de lo que querías destruir.

Ella miró ya con sus ojos al fondo del pozo.

Una de las dos flores era una bendición para el mundo: todo á su alrededor era felicidad y alegría.

La otra no era más que un tormento continuo, penas, tristezas, disgustos, sinsabores.

—Todo lo que ves es la voluntad divina. Dios lo ha dispuesto así,—dijo la Muerte.

—¿Cuál es la flor de la desgracia? ¿Cuál es la flor bendita?—preguntó la madre.

—No te lo diré,—respondió la Muerte.—Sólo sé que una de las dos existencias era la de tu hijo: es su destino lo que has visto.

La madre lanzó un grito de espanto.

—¿Cuál es la flor que representa á mi hijo? ¡Dímelo, libra á mi hijo de tantas miserias, á mi hijito, tan inocente; y si su flor es la de la desventura eterna, llévatelo, llévatelo al reino de Dios, olvida mis lágrimas, olvida mis suplicas; olvida todo lo que he hecho!

—No te entiendo. Explicate,—dijo la Muerte.—¿Quieres que te devuelva á tu hijo, ó que me lo lleve á ese pozo que no conoces?

Entonces la madre, cayendo de rodillas, dijo:

—¡Dios mío: no me concedas lo que pido, no me lo concedas si mis ruegos son en contra de lo que tú has dispuesto! Tu voluntad es lo mejor. No escuches mi ruego.

Y la Muerte, cogiendo al tierno niño, se marchó á las regiones desconocidas.

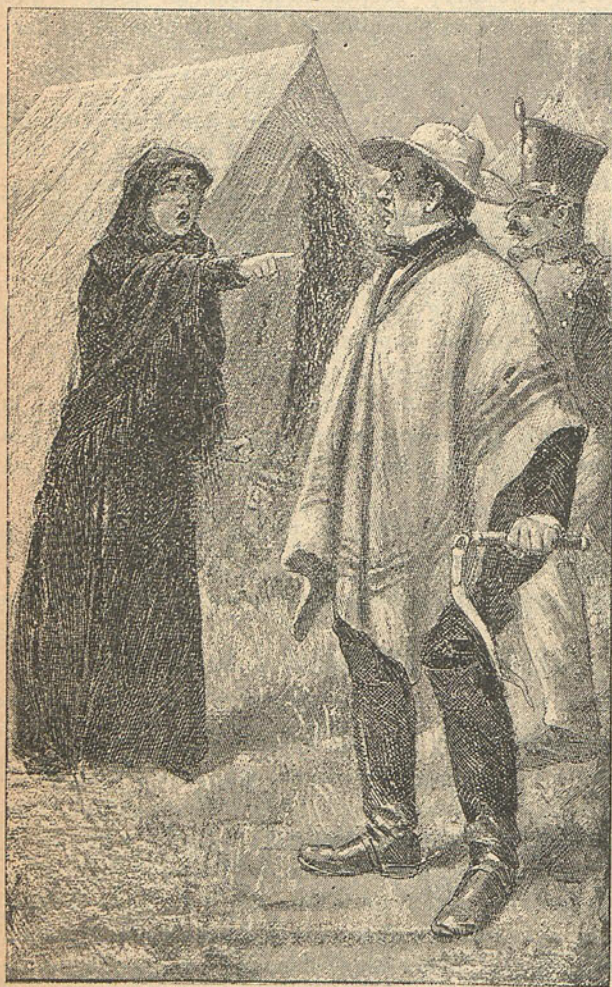
FREDEGUNDA ASESINANDO Á SU ENTENADA

Al morir el rey Clotario dividió su reino entre sus cuatro hijos Cariberto, Gontran, Chilperico y Sigeberto. Había éste casado con nuestra Brunequilda, hija de Atanagildo, princesa instruida, amable y no menos ambiciosa que culta. Chilperico, hermano de Sigeberto, vivía con una mujer de ínfima clase llamada *Fredegunda*; pero deseoso de tener por esposa á una princesa de sangre real, como Sigeberto, pidió á Atanagildo la mano de su otra hija, Gosvinda. No tardó, empero, en cansarse de la noble visigoda y volvió á sus nuevos antiguos con *Fredegunda*, la cual empezó por estrangular á Gosvinda.

Ardió, como es natural, Brunequilda en anhelo de venganza por el asesinato de su hermana é impelió á Sigeberto á declarar la guerra al tornadizo Chilperico, convirtiéndose la Aquitania, teatro de la fratricida guerra, en la imagen de la desolación y la ruina. Salió derrotado Chilperico, pero al año siguiente (575) se alió con su hermano Gontran y atacó á Sigeberto. Mal iba la cosa para Chilperico, pero *Fredegunda* fué bastante hábil para seducir á dos criados suyos hasta el punto de obligarles á asesinar al triunfador Sigeberto, como así lo hicieron, quedando la pobre Brunequilda prisionera de su terrible conuñada. En esto, un hijo de Chilperico y de su primera esposa Andovera, el joven Meroveo, se enamoró de nuestra princesa y se casó con ella. Dicese, en efecto, que era Brunequilda una

mujer hechicera como pocas. Por desgracia, nada más trágico que el fin que tuvo este matrimonio. Hizo perseguir Fredegunda á los dos esposos; consiguió Brunquilda refugiarse en la Austrasia, ó sea en el país del Este, donde predominaban los teutones, mientras que el pobre Meroveo, después de haberse acogido al manto protector del buen obispo Gregorio de Tours, era asesinado por los sicarios de Fredegunda en Teouae.

No tenía otra preocupación Fredegunda que hacer asesinar á sus entenados; pero, como si fuese castigo



GUERRA Á MUERTE.—¡Asesino! ¡Cobarde!

del cielo, se le morían á ella todos los hijos habidos en Chilperico. Los remordimientos la ahogaban, lo mismo que á Chilperico, pues reinaban con una tiranía y una crueldad diabólicas, y un día, aterrados por la voz de la conciencia, mandaron quemar los registros de las contribuciones y una porción de carros llenos de alhajas y preciosidades, fruto de sus exacciones.

Una de las hazañas de Fredegunda fué asesinar á una de las hijas de Chilperico cogiéndole la cabeza entre la tapa y la caja de un cofre. Por fin, acabó con lo que era de presumir; esto es, hizo asesinar también á Chilperico, que había descubierto sus infidelidades, (584), dejando un hijo de cuatro meses que fué después Clotario II. Para desmentir el anticristiano refrán de que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que

no se pague (en este mundo), murió Fredegunda venerada y respetada en 597, consiguiendo legar á su hijo la corona de la Neustria, ó sea del reino franco de occidente.

ATAQUE DE UNA BARCA

por los tiburones, en la bahía de Nueva York

El tiburón es de un tamaño enorme, pudiendo alcanzar hasta 8 ó 10 metros de longitud. Sus formidables fauces están armadas de seis hileras de dientes durísimos, agudísimos, de forma triangular y festoneados por los bordes, como una sierra. Cuando un tiburón abre la boca, la distancia entre ambas quijadas pasa de metro y medio. Esta boca está colocada debajo de la cabeza, de suerte que para coger su presa, el monstruo, después de haberla empujado con el hocico, se vuelve á medias y se pone de costado.

La piel, sembrada de pequeños tubérculos, duros y apretados, tiene la aspereza de una lima y se emplea con el nombre de *piel de zapa* (*peau de chagrin*) para pulimentar la madera y el marfil, sirviendo igualmente para forrar estuches, anteojos y otros objetos.

El tiburón es el tigre de los mares. Es un animal voraz, terrible, para quien el hombre es regalada presa. Con un solo golpe de sus quijadas, con aquella séxtuple hilera de acerados dientes, amputa un miembro ó parte en dos pedazos todo el cuerpo. No tienen más terrible enemigo los navegantes, porque está esparcido por todos los mares. No es raro verle dar vueltas alrededor de los vapores en marcha, ávido de arrojar-se sobre todo lo que cae de á bordo.

Para cazarle se valen de un sólido arpón que lleva manteca ó carne por cebo, colgado de una cadena de hierro, pues si se valiesen de un cable el tiburón lo rompería de una dentellada, por grueso que fuese. Cuando la tragona fiera ha mordido el arpón y el gancho de hierro le ha atravesado las fauces, se tira de él hasta sacarle fuera del agua. Entonces se pasa un nudo corredizo por su cola, se aprieta sólidamente el nudo y se iza sobre cubierta la horrorosa bestia, que, sujeta así por las dos extremidades, no puede ya hacer daño, á pesar de las terribles sacudidas que da en su agonía. Algunos hachazos acaban al cautivo.

El tiburón es tan voraz por encerrar en sus intestinos una enorme lombriz que le atormenta, á manera de la solitaria. En todas partes hay, pero más en especial en las costas de los grandes mares. Así se ven en alarmante abundancia en los puertos del Atlántico, haciendo peligrosa la navegación en barcos de poco calado. Nada más común que la presencia de bandadas de tiburones en las bahías del Brasil, en las de nuestras Antillas, en las de Méjico y los Estados Unidos. Ávidos de carne humana é irritados por su eterna voracidad, atacan las embarcaciones pequeñas, y más de una vez han causado víctimas, volcando lanchas pesadoras de un coletazo.

EXPEDICION AL POLO NORTE

UNA CEREMONIA DE LOS SAMOYEDOS

Célebre en los fastos de las expediciones polares es la que llevó á cabo el ilustre Nordenskjöld, que recientemente honró con su presencia la capital de España. Gracias á dicho viaje, quedó demostrada la posibilidad

lugar, respecto á las tremendas vicisitudes por que debió pasar la expedición, y diremos que, á pesar de las espantosas tempestades que debió afrontar, el *Vega*, que salió con los otros del puerto de Tromsø el día 9 de julio, llegó á últimos del mismo mes á Chabarova, aldea samoyeda situada en el continente, á la entrada del estrecho de Yugor, que separa la isla de Waigatz del imperio ruso.



La viajera negra

de penetrar en el Pacífico por el Océano Glacial Ártico, siguiendo la costa septentrional de la Siberia por la vía del estrecho de Bering.

Convencido el Sr. Nordenskjöld de que durante el verano las costas septentrionales de Siberia están libres de hielos y el mar es navegable, organizó en 1878 una expedición pagada espléndidamente por el señor Oscar Dixon y compuesta de cuatro vapores: el *Lena*, el *Vega*, el *Fraser* y el *Express*, si bien sólo el primero debía realizar el viaje hasta el cabo.

No entraremos en pormenores, por no ser de este

Nordenskjöld, aprovechando la ocasión que se le ofrecía, se dedicó á estudiar las costumbres, usos y religión de los samoyedos, sumidos aún, como todos saben, en la más grosera idolatría. Véase ahora en qué consistía uno de los usos de que pudo ser testigo Nordenskjöld.

Cercano á la isla de Waigatz y sobre un abrupto promontorio, elevábase un terromontero que servía á los indígenas de altar de los sacrificios, mezclando así las prácticas del paganismo con las del culto cristiano, pues por cristianos se les reputa, ya que reciben el

bautismo. Nuestro viajero, convenientemente apostado para presenciar el espectáculo sin que los samoyedos advirtieran su presencia, vió llegar á cuatro indígenas que conducían á un reno, el cual ataron á una estaca clavada en la cúspide del terromontero. Hecho esto, vió formar un círculo á los samoyedos que comenzaron á dar vueltas rápidamente alrededor del reno. De pronto uno de los hombres hizo cuatro genuflexiones y penetró en el terromontero, empuñando el cuchillo de los sacrificios, que hundió hasta el mango en el cuello del pobre animal. Mientras la sangre manaba á borbotones de la horrible herida, escapábanse gruesas lágrimas de los claros ojos del reno, que pronto se dobló sobre sus rodillas y cayó al suelo, bañado en sangre.

El sacrificio en sí no tiene nada de particular, puesto que es costumbre en muchas religiones, presentes y pasadas, inmolarse víctimas; pero es un buen dato para demostrar la persistencia de las supersticiones paganas.

LA VIAJERA NEGRA

«A veces,—dice un canto ruso,—á veces una misteriosa viajera que, como Medusa, tiene serpientes por cabellera se pone en camino desde el fondo del Asia. Apenas unos cuantos andrajos recubren esta momia ambulante, cuya piel es de un negro cadavérico. El suelo conserva la huella de sus pasos: todos aquellos á quienes se ha acercado caen como heridos por el rayo, y su cadáver presenta el mismo color que el cuerpo de la siniestra viajera.» Esta *mujer negra* es la peste, terror de hebreos y de griegos, que no pudiendo vencerla la imploraban con los nombres de «hija de la Noche y hermana del Hambre.»

Pudíeráse llamarla también compañera inseparable de la Guerra, pero compañera que causa todavía más estragos que las armas.

Horribles pestes registran los anales de la China. Cuando estallaba esta epidemia en Cartago ó Tiro, los antiguos reyes de estos Estados degollaban á sus hijos para aplacar la divinidad maléfica.

En el siglo II de la fundación de Roma desarrollóse una horrible peste que diezmó la ciudad; trescientos años después, y dos veces en diez años, reapareció la pandemia, «que mató á todos los esclavos y la mitad de los ciudadanos.»

En 429 a. J. registrase la célebre *peste de Atenas*, que durante tres años causó innumerables víctimas, entre ellas Pericles y casi toda su familia.

En tiempo de Nerón hizo de nuevo su aparición la peste; años después, y durante el sitio de Jerusalén por los romanos, volvió á propagarse por todo el mundo conocido, y lo mismo sucedió cuando la invasión de los bárbaros.

En 540 azotó á Francia una enfermedad pestilencial, y dos años después engendrúse en Egipto un contagio misterioso que sólo en Constantinopla arrebató por espacio de muchos meses *cinco mil víctimas diarias*, durando *medio siglo* sus devastaciones en Europa.

Desde entonces, la peste hizo frecuentes reapariciones, llamándose *mal de San Antonio* ó *mal de los*

ardientes, porque parecía que las víctimas se abrasasen.

En 1348 se desarrolló en China la famosa *gran muerte* ó *peste negra*, de que habla Boccaccio: fué una calamidad inaudita por lo horrenda, en la que desaparecieron todos los sentimientos de humanidad, echándose la culpa á los judíos que fueron degollados y quemados á millares. Sólo Florencia perdió 96,000 habitantes; Nápoles 60,000; igual número Génova y Siena; Aviñón 120,000, entre ellas la célebre *Laura*, cantada por Petrarca.

Durante la peste de 1527, Florencia perdió 400 habitantes por día.

En 1581, la Provenza quedó devastada; Marsella sólo conservó 3,000 habitantes. En 1586, horrible peste en Gascuña.

En 1720 azotó de nuevo la peste á Marsella; perecieron 40,000 personas en la ciudad y 86,000 en el resto de la provincia.

Según el jesuita Kircher, desde la fundación de Roma al siglo de Augusto, hubo en Italia, ó en Europa, treinta y tres pestes; desde el año 1 á 1680 sufrió Europa noventa y siete epidemias. Durante el siglo XVII reinó catorce veces, y ocho veces durante el siglo XVIII.

Los turcos consideran las pestes como un especial favor del cielo, que procura hacer entrar en el paraíso grandes masas de creyentes.

En Rusia, las epidemias son muy frecuentes y mortíferas, causando innumerables víctimas en las clases indigentes. La última peste reinó allí en 1879.

UNA AVENTURA EN EL RIO OGOUÉ

(ÁFRICA ECUATORIAL)

CHOQUE DE UNA PIRAGUA CON UN HIPOPÓTAMO

El río Ogoúé es una gran corriente que naciendo en el interior del Africa va á desembocar en el Atlántico, en la costa de las posesiones francesas del Gabón.

En 1873, los Sres. Marche y marqués de Compiegne exploraron la parte superior del río hasta su confluencia con el río Ivindo, de donde no pudieron pasar por la oposición de los indígenas, y en 1875 continuó la exploración el oficial de marina M. Savorgnan de Brazza, encontrándose con que á medida que remontaba el Ogoúé (á costa de valor y de diplomacia) hacíase más furiosos los rápidos. Por fin, llegaron á la cascada de Poubara, donde el río se divide en dos ramales de poca importancia, apenas navegables con piraguas. No podían hallarse muy distantes las fuentes del Ogoúé, y quedaba por ende demostrado que el río no procedía de ningún lago y que por lo tanto no podía conducir al interior del continente africano.

Al volver á bajar por el Ogoúé ocurrió una singular aventura. Descendían las piraguas por un vertiginoso rápido, debiendo mantenerse muy seguros los tripulantes para no caerse en el agua, cuando una de las piraguas, en que iba el doctor de la expedición, fué levantada de pronto por una fuerza misteriosa y dió una voltereta, hasta volver á caer pesadamente en el río. Era que un enorme hipopótamo la había cogido de través y levantado en aire con la facilidad que se le-

vanta una paja. El doctor, que no sabía nadar, se agarró fuertemente á las cuerdas que sujetaban los fardos, y así se libró de ahogarse. Verdaderamente fué un choque muy original.

VARIEDADES

Los benéficos resultados que en las afecciones de los bronquios produce el uso de la leche de burras es de todos conocido; pero lo que es posible que no sepan muchos de nuestros lectores es la época en que empezó á usarse ni los primeros que la tomaron, y eso es lo que vamos á decirles.

Durante el reinado del galante Francisco I de Francia, tanto este monarca como muchas personas de su corte, en un crudo invierno se vieron atacados de una tos pertinaz que los médicos de cámara no pudieron curar por más esfuerzos que hicieron para ello; y habiendo dicho uno de los cortesanos que en una ciudad del reino había un judío, célebre médico, fué llamado á París. Este ordenó al rey, y demás personas de la corte afectadas por la tos, el uso de la leche de burras durante un número de días, con tan buenos resultados, que se restablecieron todos los enfermos, aumentando de este modo su fama por este éxito y alcanzando grandes mercedes del rey.

Con tal motivo, un cortesano de agudísimo ingenio improvisó una cuarteta delante de Francisco I, en la que aseguraba que «en aquella ocasión se reconocía más deudor á las burras que á la Facultad de Medicina en masa.»

El duque de Jutherland, muerto hace pocos días, era uno de los personajes ingleses más excéntricos. Poseía una fortuna inmensa que le permitía satisfacer todos sus caprichos, algunos muy útiles y beneficiosos.

Se había gastado más de diez millones en la construcción de un ferrocarril en Escocia, por lo cual le llamaban el duque de hierro.

Su mayor pasión era viajar en la locomotora, y cuando estaba en Londres le gustaba extraordinariamente asistir á los incendios.

Era íntimo amigo de todos los bomberos y tenía un carrito de salvamento con el cual acudía siempre el primero al lugar del siniestro.

Aunque pasaba largas temporadas lejos de su castillo, tenía ordenado á su mayordomo que estuviese siempre dispuesto á recibirle. Así es que la mesa estaba cubierta, la servidumbre formada en la escalera y el coche listo al pie de la escalinata. A pesar de estas esplendideces, el duque no era rumboso ni mucho menos. Tomaba con escrupulosidad la cuenta de los gastos y discutía las partidas más insignificantes, como pudiera hacerlo cualquier patrona de las baratitas.

Un día notó que la docena de gatos que tenía en el castillo se había comido varias libras de cordilla.

—Este,—dijo el duque al mayordomo,—es un gasto superfluo. Hay que suprimirlo.

—Está bien, señor,—contestó respetuosamente el mayordomo; pero los gatos...

—Los gatos que cumplan con su deber. Yo los tengo para que se alimenten con los ratones que cacen, y si no hay ratones en el castillo, sobran los gatos.

Y no hubo apelación: los mininos fueron expulsados del castillo.

EL PALADAR DE LAS HORMIGAS

Un método original en extremo para descubrir ciertas adulteraciones y la presencia de sustancias perjudiciales en los alimentos ha empezado á ser ensayado con resultado sorprendente por el naturalista Sr. Devaux.

Haciendo observaciones sobre las hormigas, llegó el momento de estudiar si estos interesantes insectos tienen paladar. Bien pronto hubo de convencerse de que lo tienen, y es tan fino y tan perfecto, que por lo admirable sólo puede ser comparado con la potencia olfativa del perro. Fué apurando sus pruebas el naturalista, y sabiendo la pasión que tienen las hormigas por lo dulce en general y el azúcar en particular dióles separadamente azúcar y sacarina: los insectos se llevaron ansiosamente la primera, pero desdeñaron á la segunda, aunque es mucho más dulce que el azúcar. Repitióse la prueba varias veces, no dándose ya ni acercarse á ella, aun no teniendo otra cosa que comer.

Tan asombrosa delicadeza de gusto, que les hizo apreciar desde luego una diferencia imperceptible para los rudos sentidos humanos, no es privilegio exclusivo de las hormigas: casi todos los insectos la poseen.

A varios de los que mayor forma tienen de golosos ha tratado de seducirles el Sr. Devaux con compuesto y jarabes de sacarina, y ni un solo insecto se ha dejado engañar: no tocan ni á las melazas de azúcar verdad en cuanto se las mezcla algo de sacarina.

Agotado el capítulo de esta sustancia y conocido tan curioso hecho del paladar insectil, empiezan ya los experimentos con la margarina y otras sustancias igualmente mixtificadoras.

NOTICIAS

ENCUENTRO DE UNA CULEBRA

Los encargados de la limpieza de alcantarillas, que cuando los madrileños se retiran á descansar comienzan su diaria tarea descendiendo á las profundidades del suelo de la villa y corte, tuvieron hace unas noches un desagradable encuentro.

Iba la ronda por la alcantarilla que corresponde á la calle del Conde-Duque, cuando uno de sus individuos observó que en un rincón, entre papeles, dormía enroscada una hermosa culebra, del grueso de un brazo por la parte de la muñeca.

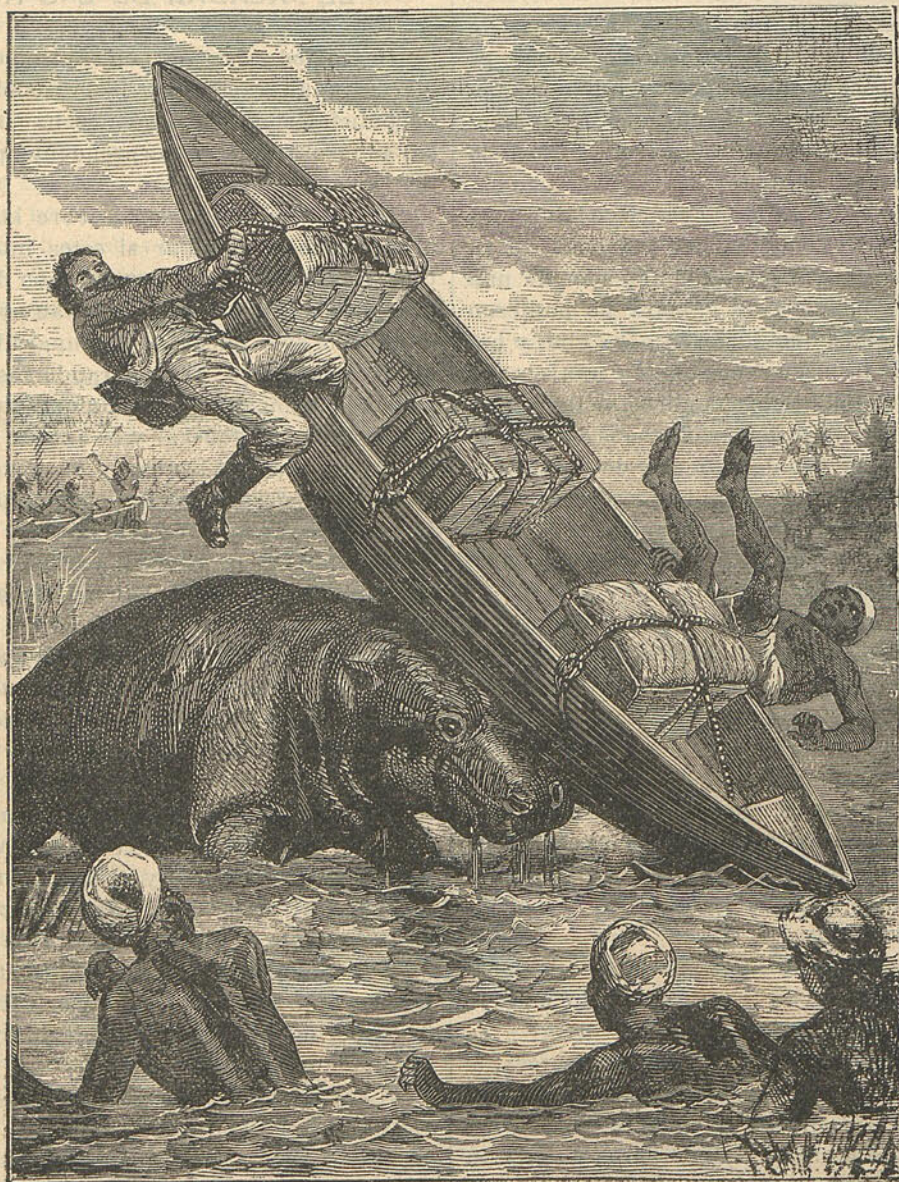
El reptil se despertó al ruido hecho por los visitantes inoportunos y trató de huir. El cabo de la ronda, ayudado por algún otro individuo, consiguió darle muerte con un azadón.

Los individuos de la ronda pudieron observar, siguiendo un rastro del reptil, que éste debía subir diariamente por el tubo de la atarjea de una casa de vacas instalada en la citada calle.

Avisaron á los dueños de la vaquería, y existe la creencia de que el bicho mamaba de una vaca del establecimiento.

tes al duque de York, hijo del príncipe de Gales, y que, según parece, fueron hechos en un taller en que había trabajadores enfermos de difteria.

Con este motivo, un periódico recuerda que la hija de sir Robert Péel murió de una fiebre contraída llevando un traje de equitación, procedente de un barrio de Londres en que había escarlatina, y hace la suposi-



Una aventura en el Ogoué (Africa Ecuatorial)

El rastro llega, en efecto, hasta la cuadra en que descansan las vacas.

Es indudable que el reptil, en cuanto saciaba su apetito, se volvía al lecho de papeles en que la han hallado los encargados de la limpieza de las alcantarillas.



La prensa inglesa viene ocupándose con insistencia estos últimos días de un par de pantalones pertenecien-

ción de que la muerte del duque de Clarence, hermano mayor del duque de York, es resultado de un hecho análogo.

Esto influirá, seguramente, para que el Gobierno inglés realice en plazo breve el propósito de hacer una ley en que esté á cargo y responsabilidad del Estado la inspección sanitaria de los talleres.

¡Lo mismo que en España!

